

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Implicancias sociales de la exclusión sistemática de la sensibilidad humana.

Romina Conti.

Cita: Romina Conti (2009). Implicancias sociales de la exclusión sistemática de la sensibilidad humana. *XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires*. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.

Dirección estable: <http://www.aacademica.org/000-062/2093>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <http://www.aacademica.org>.

Implicancias sociales de la exclusión sistemática de la sensibilidad humana

Romina Conti
CONICET / UNMdP
rominaconti98@hotmail.com

*“En un orden represivo, que refuerza la ecuación entre normal,
socialmente útil y bueno, las manifestaciones del placer por si mismo
deben aparecer como fleurs du mal.”*

Herbert Marcuse¹

Introducción

Sin ánimo de reducir el análisis de un largo y complejo proceso a una serie de observaciones simples, quisiera partir en este trabajo de algunas imágenes que conforman lo que podríamos llamar el paradigma de nuestra modernidad tardía. Este panorama inicial, incompleto y provisorio en todos sus sentidos, tiene la finalidad de presentar el estado de cosas que constituyen el punto de partida de la reflexión de estas páginas.

1. *Eros and Civilization: A Philosophical Inquiry into Freud*, Boston, Beacon Press, 1955. (*Eros y civilización*, Barcelona, Ariel, 1995).

Con la consolidación de las sociedades industriales modernas, el hombre ve reducida poco a poco su complejidad a una dimensión central y a veces excluyente: la dimensión del *animal laborans*. Este recorte conlleva a su vez otra reducción que es la que ha sido extensamente estudiada, desde Marx en adelante, como el fenómeno de la cosificación. Con la centralidad de la mercancía, incluso las relaciones entre los hombres aparecen como relaciones entre cosas. Justamente por esto, la cosificación producida por la relación mercantil cobra una importancia decisiva para el desarrollo objetivo de la sociedad como tal, determinando la actitud de los individuos que forman parte de ella.

Es entonces la universalidad de la forma mercancía la que condiciona la abstracción del trabajo humano que en este contexto, el de la sociedad industrial avanzada, es crecientemente comparable y ajeno al trabajador. Estas tendencias, que se extienden desde lo económico-político a todas las esferas de la vida humana, responden al predominio de la racionalidad instrumental que se instala como el tipo de razón dominante desde los inicios de la modernidad y que, si bien sufre algunas mutaciones, se caracteriza por ser una razón que cuantifica todo lo existente, transformando los medios en fines y perdiendo la capacidad para reconocer esta transformación artificial. Se trata, sintéticamente, de una razón basada en la calculabilidad que pretende aplicarse a todos los dominios del individuo y la sociedad.

Los giros hasta aquí descriptos colocan a la técnica, en tanto generadora de los objetos a los que aspira la sociedad y medio que permite uniformar la concepción del vínculo entre los hombres y la naturaleza, como la clave de la dominación o de la permanencia del orden establecido en torno a esta racionalidad mutilada. En la medida en que la vida de los hombres se orienta a la consecución de los elementos disponibles para su confort, las cosas son convertidas en fines y las personas en medios para conseguirlos. Sólo aquello que es útil es considerado real y necesario, puesto que el mundo que refleja la racionalidad pragmática es aquel en donde todo sirve para algo.

Los fenómenos descriptos aquí tan brevemente, han sido rigurosamente estudiados por gran parte de los filósofos contemporáneos y en particular por todos los pensadores de la primera generación de la Escuela de Frankfurt. Sin duda alguna, son estas imágenes las que constituyen el núcleo problemático central de los desarrollos de su propuesta teórica, conocida como *Teoría Crítica*. Sin embargo, tal vez el que haya profundizado con mayor insistencia en los aspectos humanos que son reprimidos en estas transformaciones haya sido el polémico Herbert Marcuse.

El presente trabajo aborda algunos de los conceptos principales del análisis marcusiano en relación al problema de una reducción de la complejidad humana en pos de los objetivos de la racionalidad instrumental. Esta reducción, que responde a la lógica propia de nuestro tiempo, excluye central y estratégicamente a la sensibilidad del hombre.

Génesis de las estructuras represivas

Marcuse observó en un texto temprano², que las determinaciones propias de las sociedades contemporáneas arriba descritas no son exclusivas del sistema capitalista sino que responden a estructuras represivas que se extienden incluso en aquellas sociedades que pretende fundar el comunismo.

Sin dejar de reconocer diferencias importantes entre las sociedades capitalistas y el marxismo (soviético), lo que Marcuse señala es que ambos sistemas comparten rasgos comunes a la actual civilización industrial. Entre estos rasgos, menciona el reemplazo de la iniciativa individual por la centralización (en términos aún más actuales: globalización), la racionalización de la competencia, el poder otorgado a las burocracias económicas y políticas, y la coordinación de la conducta de la población gracias a los medios masivos de comunicación, la industria de las diversiones y la enseñanza.

No es difícil notar que, en la actualidad, estos rasgos han cobrado dimensiones aún mayores que en los años cincuenta o sesenta del pasado siglo y que forman parte no sólo de la realidad social de EEUU o de Europa, que son los espacios hacia los que Marcuse miraba, sino que se extienden en forma creciente en Latinoamérica. Sin embargo, estos aspectos no son sino el resultado de transformaciones que están en su base, implicancias de un determinado modo de ver el mundo y los hombres, y de una particular manera de pensar su interacción.

El análisis de las estructuras represivas que Marcuse considera comunes a toda sociedad industrial contemporánea, se apoya centralmente en su interpretación de algunas de las tesis freudianas que aparecen en *El malestar de la Cultura*. Marcuse descubre el sentido revolucionario de ciertas ideas de Freud en las que los neofreudianos sólo veían una forma de legitimación de la represión. Es este sentido el que intenta recuperar en *Eros y Civilización*.

² *Soviet Marxism: A Critical Analysis*, New York, Columbia University Press, 1958. (*El marxismo soviético*, Madrid, Alianza, 1969).

Se admite por regla general que la tesis central de Freud en la obra mencionada sostiene que la civilización se basa en el sometimiento de los instintos humanos y que este proceso era visto por Freud como inevitable e irreversible. Lo que sostiene Freud es que la libre gratificación de los instintos humanos es incompatible con la sociedad civilizada y, por esto, la renuncia y el retardo de las satisfacciones son los prerequisites del progreso. Sin embargo, lo que Marcuse objeta dentro de la teoría freudiana es justamente la irreversibilidad que se propone para el proceso represivo. Pese a que concuerda en el diagnóstico de que la civilización se ha hecho posible y ha avanzado en la misma medida en que ha aumentado el renunciamiento y la postergación de la satisfacción plena del hombre, Marcuse ve en *El malestar en la cultura*, la acusación más profunda que se ha realizado contra la civilización occidental.

Freud postula al hombre y a la civilización en una lucha incesante de las dos pulsiones naturales: Eros y Tánatos. La eliminación de la tensión que es producto de esta lucha es lo que garantiza el avance de la civilización. Hasta este punto, Marcuse está de acuerdo con Freud, la falsa conciencia del hombre se identifica, pues, con esta represión instalada y “necesaria” en el marco de la civilización occidental, sin embargo, Marcuse sostiene que la idea de argumentar a favor de la imposibilidad de un cambio social, no se desprende de este diagnóstico, entre otras cosas, porque elimina la posibilidad de discriminar entre la *verdadera* y la *falsa* conciencia.

La civilización occidental ha impuesto al hombre el reemplazo del *principio de placer* por el *principio de realidad*, y este último no está limitado a negar el primero, sino que ejerce sobre él una especie de “protección”, en la medida en que conduce a un principio de placer que podría llamarse moderado, o más específicamente: restringido o reprimido. Para Marcuse, este principio de realidad es esencialmente represivo, pero nunca necesario. En *Eros y Civilización*, el autor retoma las observaciones críticas de la teoría freudiana pero sostiene que sus afirmaciones pesimistas en relación a la imposibilidad de una civilización no represiva, configuran la mayor equivocación de *El malestar en la cultura*.

Placer, sensibilidad y rendimiento

La sustitución del principio de placer por el principio de realidad es explicada por Freud como el gran suceso traumático en el desarrollo del hombre, tanto a nivel individual como del género humano. Pero también Freud sostiene que este principio tiene que ser reestablecido continuamente

en el desarrollo del hombre. Esto último indica, para Marcuse, que su triunfo sobre el principio de placer no es nunca completo ni seguro.

“El placer de los sentidos inmediatos actúa en las zonas erógenas del cuerpo –y lo hace sólo por el gusto del placer. Su desarrollo irreprimido erotizaría al organismo hasta tal grado que actuaría contrariamente a la desexualización del organismo necesaria para la utilización social de este como instrumento de trabajo”.³ De este modo, el principio del placer debe ser reemplazado, básicamente, en razón de su inutilidad.

Para reformular la teoría de Freud y en atención a aquello que considera adecuado en ella, Marcuse elabora dos conceptos respecto a la sociedad contemporánea que forman parte central de su propio diagnóstico al respecto. Estos conceptos son el de “represión excedente” y el de “principio de actuación”. Con el primero, Marcuse se refiere a las restricciones que hace necesarias la dominación social y que se distinguen de la “represión fundamental” a la que Freud se refiere y que le posibilita al hombre vivir en la civilización. El segundo concepto, no es otra cosa que la forma específica en la que aparece en la sociedad contemporánea el principio que Freud llamaba “de realidad”.

“Las propias teorías de Freud dan razones para rechazar su identificación de la civilización con la represión. Sobre el terreno de sus propios logros teóricos, la discusión del problema debe abrirse de nuevo. ¿Constituye realmente el principio de la civilización la interrelación entre la libertad y la represión, la productividad y la destrucción, la dominación y el progreso?, ¿o esta organización es sólo el producto de una organización histórica específica de la existencia humana?”⁴. Marcuse ve la organización de la sociedad occidental susceptible de una superación histórica, y no determinada a la permanencia eterna. Es esta superación posible la que debe comenzar con una crítica exhaustiva de la sociedad contemporánea que hasta ahora ha fracasado en todo intento de cambio (revolución) posible.

Marcuse sostiene, entonces, que la cultura actual no solamente es represiva sino sobre-represiva, en tanto que ya no es la “lucha primordial por la existencia” la que determina la represión, sino una lucha desenfrenada e irracional por el dominio del poder mundial, en el que la técnica desempeña un papel fundamental. Esta *sobre-represión*, o *represión excedente*, se enlaza con el principio de actuación. Éste no es otro que aquel principio de realidad que ha reemplazado al original principio del placer, la diferencia es que con esta nueva denominación se pretende señalar la estratificación de la sociedad de acuerdo con la actuación económica competitiva de sus miembros.

³ MARCUSE, H: *Eros y civilización*, Trad. García Ponce, Barcelona, Ariel, 1995. pág. 49

⁴ MARCUSE, H: *Eros y civilización*, Trad. García Ponce, Barcelona, Ariel, 1995. pág.18

La eliminación del principio de placer, que íntimamente responde a esta sobre-represión, anula las posibilidades de apartarse del hombre de la enajenación a la que está sometido por el principio de realidad que toma forma actual como principio de actuación. Bajo este principio “el cuerpo y la mente son convertidos en instrumentos del trabajo enajenado”⁵ y se convierten en reproductores del orden social establecido.

El rasgo saliente de la sociedad contemporánea, que reprime los instintos y direcciona las fuerzas de los hombres hacia la ganancia y la competencia, es, por un lado, la desaparición de toda auténtica libertad, y por otro, y al mismo tiempo, el aumento de las capacidades materiales de la sociedad. La sociedad industrial avanzada contiene los posibles conflictos mediante la posibilidad de un aumento en el nivel de vida, y la técnica refuerza el sistema de dominación.

De esta forma, la exclusión de la corporeidad, el placer y la sensibilidad humana implican no sólo la posibilidad de orientar a los individuos mediante el principio de actuación, sino de garantizar la ausencia de conflicto con el estado de cosas en la medida en que las distintas satisfacciones a las que el hombre puede aspirar son impuestas por la misma racionalidad dominante, encarnada en la técnica, y justamente por esto son paulatinamente alcanzables. Al reconocerse en los productos que consume y a los que aspira, el hombre atiende a su “interés inmediato” sin poder distinguirlo de su “interés real”, por eso la técnica contemporánea se convierte en aparato de dominación. La exclusión de la sensibilidad implica la imposibilidad de distinguir entre verdaderos y falsos intereses.

El retorno de lo reprimido

De lo expuesto se desprende que la teoría del cambio social marcusiana involucra una serie de factores relacionados con la sensibilidad humana, en tanto que la represión de esta sensibilidad ha dado por resultado el estado de cosas que el mismo denuncia en su crítica. Entre estos aspectos, reprimidos o aparentemente transformados por el principio de realidad propio de la sociedad industrial se encuentran las emociones, la sexualidad, la imaginación o fantasía, el placer por sí mismo y también la experiencia estética en relación al arte.

Marcuse afirma que una de las principales formas de represión consiste en “la feroz y a menudo metódica y consciente separación de la esfera instintiva de la intelectual, del placer y del

⁵ Op. Cit. pág.55.

pensamiento”, ésta –sostiene- “es una de las más horribles formas de enajenación impuesta al individuo por su sociedad y espontáneamente reproducida por el individuo como una necesidad y satisfacción propia”⁶. Su propuesta de cambio social requiere entonces de un quiebre con esa asimilación de las formas represivas que posibilite el tránsito hacia la reconciliación de ambas esferas humanas y la reconstrucción de una racionalidad más amplia.

Este es el camino que puede transitarse, para Marcuse, desde la experiencia estética del hombre. Desde esta perspectiva, el arte constituye el más visible retorno de lo reprimido. La reconciliación estética (de la sensualidad y el intelecto humanos mediante la imaginación), implica oponer a la tiranía de la razón, y a la razón tecnológica, un fortalecimiento de la sensualidad, e incluso a liberar a esa sensualidad de la dominación represiva de la racionalidad propia de la sociedad industrial avanzada. “La transformación radical de la sociedad implica la unión de la nueva sensualidad con una nueva racionalidad. La imaginación se transforma en productiva si se hace mediadora entre la sensibilidad por una parte, y la razón tanto teórica como práctica por la otra, y esta armonía de las facultades guía la reconstrucción de la sociedad”⁷.

El nuevo principio de realidad que Marcuse propone, surge de un orden no-represivo que se alcanza desde una nueva relación entre los instintos y la razón, pensada en términos de armonía. Al representar el orden de la sensibilidad, el arte invoca una lógica cuando no prohibida, ridiculizada, marginada y así, clausurada por la sociedad industrial. Sin embargo, y pese a las estrategias del orden establecido llevadas a cabo con el fin de eliminar el potencial renovador de la dimensión estética, todavía le es posible a esta renovar la percepción de las cosas y nombrarlas por su nombre. Ciertamente es que el arte ha conservado su libertad en la medida en que se ha vuelto inefectivo para la realidad, pero esto no anula su potencial revolucionario. Aún es posible pensar en la reconciliación del principio de placer y el principio de realidad, que daría origen al cambio cualitativo de la sociedad contemporánea, regido por un orden no represivo.

En el prefacio a la edición francesa de *El hombre unidimensional* (1967), Marcuse sostiene que “la diferencia cualitativa se manifestaría en la trascendencia política de la energía erótica, y la forma social de esta trascendencia sería la cooperación y la solidaridad en el establecimiento de un mundo natural y social que, al destruir la dominación y la agresión represiva, se colocaría bajo el principio de realidad de la paz; solamente con el puede la vida llegar a ser su propio fin, llegar a ser felicidad”⁸.

⁶ Op. Cit. pág. 12.

⁷ MARCUSE, H., *Ensayo sobre la liberación*, Bs.As. Ed. Gutierrez, 1969, pág. 44

⁸ MARCUSE, H., *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, Bs. As., Orbis, 1984, pág. 11.

Síntesis final

Es indudable que algunas de las tesis aquí expuestas merecerían una extensa fundamentación e incluso contando con ella, en especial aquellas que conforman una posible prospectiva, podrían seguir apareciendo sospechosas y dignas de crítica. Aún así, me animo a decir que gran parte de estas tesis son las más fértiles del pensamiento marcusiano.

Este trabajo partió de la descripción de algunas de las características principales de nuestras sociedades contemporáneas para analizar, desde la teoría de Freud y la reconceptualización operada por Marcuse, cuál es el papel de la sensibilidad humana en el orden existente y el posible orden por existir. Esta sensibilidad, que agrupa todo aquello que quedó excluido con el predominio de la racionalidad instrumental, apareció entonces como un dominio que de algún modo se encuentra adormecido, relegado a una esfera de superficialidad que logra mantenerlo fuera del ámbito de verdadero.

Pero al tiempo que la exclusión de la sensibilidad es el resultado de la mutilación de la condición humana y la reducción de su racionalidad, implica la única posibilidad de mantener, en el individuo y en la sociedad, el predominio de estas estructuras represivas. En esto radica la importancia de una posible grieta en este tejido de represión. Es esta importancia, junto con la interpretación marcusiana de esa ruptura, la que he tratado de resaltar en estas páginas.

Aún hoy, y aunque relegada al minúsculo espacio del arte, tiene lugar la experiencia estética del hombre. Es en esta experiencia donde la sensibilidad resiste y espera. Allí se dan cita los impulsos pasionales, el placer desinteresado, las emociones incontrolables y la sensualidad liberada sin finalidad alguna. Instalarlos en ese espacio de ficción le posibilita a la razón calculadora apartarlos del dominio de lo real y lo posible. Pero “el retorno de lo reprimido da forma a la historia prohibida y subterránea”⁹. Se puede aventurar, entonces, que si la recuperación del poder de negación está ligada a la liberación de la sensibilidad del hombre, vale la pena direccionar el pensamiento hacia el análisis de las condiciones necesarias para alcanzar tal liberación. Esto, aún a riesgo de dejar de ser efectivos y con la secreta esperanza de alcanzar la plenitud.-

⁹ MARCUSE, H: *Eros y civilización*, Trad. García Ponce, Barcelona, Ariel, 1995. pág. 29.